

## DE UNO EN UNO Y MUY DESPACIO

Hay un recuerdo infantil que me acompaña hasta hoy. El portero de mi colegio, que se llamaba Teo, todos los días se situaba en la verja de entrada cuando entrábamos y cuando salíamos. Al entrar nos iba saludando amablemente, al salir a mediodía, la verja estaba cerrada hasta que llegaba la hora de su apertura y un tumulto de niñas con hambre, vestidas con uniforme azul, se agolpaba en la verja queriendo salir. Cuando por fin llegaba la hora, Teo, vestido con su mono azul impecable, abría la puerta, repetía en tono agradable con la sabiduría y la paciencia que dan los años: **“De una en una y muy despacio”**.

Esa frase se me quedó grabada, no por su elocuencia, sino por la actitud que transmitía de calma y orden en medio de la tempestad que por aquel entonces suponíamos las alumnas.

El sabía perfectamente que se enfrentaba, solo con su presencia y el tono agradable de su palabra, a cuatrocientas niñas con prisa por ir a comer a su casa, sin embargo, todos los días llevaba a cabo la misma función, casi como un ritual, sin perder la calma ni elevar el tono.

Esa actitud sabia y paradójica la sigo teniendo presente en mi vida adulta. Cuando los problemas se acumulan y las personas o las circunstancias me presionan, recuerdo la templanza con la que Teo repetía una y otra vez, hasta que salía la última alumna: **“De una en una y muy despacio”**.

En estos momentos de tanta presión asistencial, me ayuda **mantener la templanza** y repetir interiormente: **“De uno en uno y muy despacio”**.